

LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 trimestre.
6 semestre.
11 año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I

MADRID

NÚM. 5

23 de Enero de 1903.

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

ADVERTENCIA

A todos los que se suscriban, remitiremos desde luego los números publicados.

EL IDEAL EN EL ARTE

En las diversas manifestaciones de la actividad humana, en su marcha al través de los siglos y de las civilizaciones, podremos observar que el hombre persigue siempre un ideal, buscando el bien en la moral, la verdad en la ciencia ó la belleza en las artes.

El realismo fué, á no dudar, el primer procedimiento del espíritu humano. Las admirables creaciones de la Naturaleza, el magnífico espectáculo que ofrecía ante sus ojos el mundo material, asombraron al hombre, y hubo de pasar algún tiempo para que, estudiándose á sí propio, descubriera un ideal, una concepción de la belleza que le impulsara á realizar sus creaciones, alejándolas de la servil imitación.

El ideal es esa tendencia indefinible que nos impulsa hacia lo absoluto y que se refleja en la conciencia como la luz en el azogado cristal, haciéndonos vislumbrar lo justo, lo bello, lo bueno, lo infinito.

El ideal proporciona al artista la potencia creadora que le hace concebir obras más bellas que las puramente materiales.

Si la misión de las artes plásticas, por ejemplo, consistiera tan solo en la reproducción exacta de los objetos y de los hechos, el pintor ó el escultor no serían otra cosa que un obrero más ó menos inteligente, más ó menos hábil, pero no un artista creador.

Es cierto que en todas las épocas, en la literatura como en las bellas artes, se ha abusado de lo inverosímil; pero, ¿por qué no disculpar á los que se han propuesto con ello, dando rienda suelta á los caprichos de su imaginación, embellecer ó endulzar un poco la vida humana?

En la más espiritual de todas las artes, en aquella cuyo dominio comienza donde el de la palabra termina, en la música, en fin, no cabe expresar ideas ó sentimientos definidos psicológicamente.

Beethoven lo ha dicho: «En todo lo que es espiritual, hay algo de eterno, de infinito, de impalpable. La música es el lazo que une la vida del alma á la vida de los sentidos; ella es la única introducción incorporal al mundo superior del saber; de ese mundo que abarca al hombre, pero que éste no puede á su vez abarcarlo.»

En la música tan solo puede explicarse el realismo como imitación material de determinados ruidos de la Naturaleza. De estas imitaciones se encuentran en la sublime sinfonía *Pastoral* de Beethoven y en la leyenda dramática *La damnation de Faust* de Berlioz.

Suprimiendo el ideal en el bello arte de los sonidos, este sucumbiría, puesto que, como ya hemos dicho, es un lenguaje superior al de la palabra. Sus diseños puramente musicales, armoniosos y brillantes, nos hacen vislumbrar otra vida mejor.

El ideal, pues, existe en todas las manifestaciones intelectuales, y muy especialmente en las artes.

El hombre no vive tan solo la vida material. Si en el alimento con que nutre á su organismo halla el medio de recobrar el vigor físico, en la religión como en la moral, en las ciencias como en las artes, se encuentra siempre encadenado por una misteriosa afinidad al ideal, que allá en lo más recóndito del alma le indica, como certera brújula, el camino de lo bueno, de lo bello y de lo justo.

C. MARTÍNEZ RUCKER.

TIPOS QUE CONOCE USTED

Sánchez.—¡Qué! ¿No se acuerda usted de Sánchez?

¡Pero, hombre, si no conoce usted otra cosa!

Sánchez es aquel oficial de la clase de cuartos, y que, como tal, tenta muy pocos. ¡Si no es posible que le haya olvidado usted! Sánchez era el primero que entraba en la oficina y el último que salía de ella, después de haberse reventado á trabajar, mientras que sus compañeros tomaban café—que él avisaba y no probó nunca—y le tomaban el cabello, cortado indelectiblemente el último día de cada mes.

¿Que se habían acabado las obleas?

¡Sánchez se las habría comido!

¿Que el ministro echaba una chillería al Director general? Pues de escalón en escalón bajaba corregida y aumentada para calentar las orejas á Sánchez, que era el mono que se ahogaba siempre.

¿Que el jefe del Negociado ponía *haiga* sin hache?.. Sánchez tenía la culpa, porque el ruido que hacía al toser volvía loco al jefe.

Y Sánchez hacía las guardias un día sí y otro también, porque sus compañeros tenían novia y no era cosa de dejar un sitio vacío en la camilla de la casa respectiva; y Sánchez cargaba con todo el trabajo extraordinario, cosa que era ordinaria en él... y no llevaba á pasear á los niños del jefe porque afortunadamente para Sánchez era célite.

El coleccionista.

El número de coleccionistas, como el de los números primos, es infinito.

Desde el coleccionista de sellos hasta el de todas las botetadas que se pierden, hay una variedad grande.

NUESTROS ACADEMICOS



Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde.

Nada tan perjudicial como la manía de esos chiflados, que por aumentar su colección son capaces de darle la lata á cualquier hijo de vecino y de vecina.

D. Homobono no se ocupa de otra cosa que de su colección de sellos.

¿Que el niño mayor tiene un violazo que se lo lleva pateta? Bueno, ¿y qué? Después de todo, peor sería que se le perdiese un sello; un hijo puede reponerse con facilidad, y con los sellos no suele suceder otro tanto.

Su colección, y nada más que su colección; á ella vive dedicado constantemente, y solo lo que á sellos se refiere tiene el privilegio de preocuparle.

El otro día le encontré un poco cabizbajo, y al preguntarle la causa, contestó entristecido:

—Hombre, ¿querrá usted creer que una colección como la mía esté falta de un ejemplar?

—Y ¿cuál, amigo mío?—le pregunté.

—El sello de la honestidad y la honradez, que he leído el otro día que lo lleva en la frente una amiga de mi hija.

Otro caso... infeccioso es D. Aquilino.

Cada vez que tengo la desgracia de encontrármelo, apenas me saluda, pero no deja ni una vez de preguntarme si le guardo las cajas de cerillas, cuyas estampas recorta, las quita cuidadosamente el cartón y las pega en un álbum, que constituye el mayor tesoro de su vida.

—Parece mentira—me decía cierta tarde—que no encuentre usted placer en esto.

¿Habrá alegría comparable á la de poseer una colección de 30.000 cajas de fósforos? Mi mejor amigo, créalo usted, es el que me guarda más cajas... mi encarnizado enemigo, el ex-consejero de Estado D. Apolonio; apenas si me da cuatro cajas al mes... ¿Le parece á usted que poco *fósforo* debe gastar?

Otro coleccionista, bien digno de lástima por cierto, es D. Restituto, casado en quintas nupcias, y que conserva para castigo sus cinco mamás políticas... colección de fieras de las que aun con grandísima pena no puede deshacerse.

Muchos más coleccionistas hay, pero su enumeración haría este articulo demasiado lato (lato viene de *lata*, ¿eh?). Unos coleccionan monedas falsas para pasarlas á los amigos, por aquello de que en la amis-

ACAN

— 20 —

ACAN

ABUN

— 17 —

ABUT

Acampar, n. Detenerse en despoblado, alojándose ó no en tiendas.

Acampo, m. Porción de tierra que de los pastos comunes se destina á cada ganadero para que por cierto tiempo paste en ella solo su ganado.

Acamuzado, da, adj. ant. Agamuzado.

Ácana, m. Bot., Arbol muy común de la América del Norte, que se usa para la construcción naval.

Acánaca, m. Bot., Planta de la India, que se emplea para el tratamiento de las enfermedades venéreas.

Acanalado, da, adj. En figura de canal, aplicándose especialmente á las hojas de las plantas que presentan una estría en el centro y en el sentido de su longitud.

Acanalador, m. Garlopa ó cepillo, instrumento de carpintería que sirve para hacer canales.

Acanalar, a. Abrir, cortar en canal, dar forma acanalada || Hacer estrías en una columna ó en cualquier objeto || Conducir por una canal.

Acanallado, da, adj. Hecho un canalla, bajo, rastrero, vicioso.

Acanallarse, r. Convertirse en un canalla, llevar mala vida.

Acandilado, adj. En forma de candel || Se aplica al sombrero que afecta esta figura.

Acanelado, da, adj. De color ó parecido á la canela.

Acanes, m. Habitantes de una parte de Guinea.

Acania, Bot. Planta conocida vulgarmente por el nombre de malvavisco.

Acanillado, da, adj. Dícese de una tela que sale con vetas por defecto del telar ó del tinte.

Acange, m. Voluntario turco que no recibe sueldo, y que pelea por el botín || Pillo, largo de uñas.

Acanor, m. Palabra bárbara que se usa para designar una especie de horno químico.

Acansas, m. pl. Nombre que se da á los habitantes de una parte de la Luisiana.

Acantábolo, m. Pinzas con dientes.

Acantáceas, Bot. Familia de plantas dicotiledóneas, á la que pertenece el acanto.

Acantalear, n. Granizar.

Acantarar, a. Medir por cántaros.

Acántica, f. Zool. Género de insectos hemipteros de la familia de las cicádeas.

Acanties, Hist. nat. Especie de insectos hemipteros.

Acantilado, adj. ú. t. c. s. Cortado á pico || Se dice de una costa escarpada.

Acantino, Hist. nat. Especie de pescado de la familia de los leptósomos.

Acantio, Bot. Especie de acanto, planta espinosa || Toba.

Acanto, Bot. Cardo || Arq. Adorno que imita las hojas del cardo.

Acantocéfalos, Hist. nat. Familia de zoofitos echeroníneos, así llamados por tener á modo de espinas en la cabeza.

Acantócero, m. Zool. Género de insectos dípteros bracóceros, familia de los tabanidos.

Acantóceros, m. Zool. Género de insectos coleópteros, pentámeros, de la familia de los melicórneos.

Acantocinos, m. Zool. Insectos coleópteros tetrámeros, de la familia de los longicórneos.

Acantodáctilo, m. Reptiles lacertianos.

Acantoderma, m. Zool. Peces fósiles.

Acantóderos, m. Zool. Coleópteros tetrámeros, de la familia de los longicórneos.

Acantodon, m. Bot. Género de plantas de la familia de las acantáceas.

Acantodón, m. Zool. Arácnidos exóticos.

Acantófago, adj. El que come cardos.

Acantofis, Hist. nat. Especie de víbora de Nueva Holanda.

Acantóforo, m. Bot. Planta florídea || Planta de tubérculos redondos.

Acantoglosa, Bot. Género de plantas orquídeas.

Acantómero, m. Hist. nat. Género de dípteros.

Acantonado, da, adj. Mil. Se dice de las tropas que guarnecen un cantón.

Acantonamiento, m. Mil. Acción y efecto

Absurdamente, adv. m. Contrario á la razón.

Absurdísimo, ma, adj. sup. de absurdo.

Absurdo, da, adj. Lo contrario á la razón || Dicho ó hecho repugnante á la razón.

Abto, m. ant. Auto y acto.

Abtor, ra, adj. ant. Autor, ra y actor, triz.

Abtorizar, a. ant. Autorizar.

Abtual, adj. ant. Actual.

Abtualmente, adv. ant. Actualmente.

Abú, Bot. Especie de banano cuyo fruto se come asado ó frito.

Abub, m. Nombre caldeo de un instrumento de música en forma de flauta, de bastante uso entre los judíos.

Abubilla, Zool. Género de la familia de los tennicostros; ave del tamaño de un mirlo que se distingue por tener sobre la cabeza unas plumas en forma de abanico.

Abuelo, a. Ascendiente en segundo grado || También se usa como genérico, designando á los ascendientes en línea directa en cualquier grado.

Abuje, m. Insecto parecido á la ladilla y que obra parecidos efectos.

Abuhado, a, adj. Descolorido, pálido ó hinchado.

Abuhamiento, m. Hinchazón, inflamación.

Abuhetado, da, adj. Descolorido. v. *Abuhado*.

Abulense, adj. Natural de la ciudad de Avila.

Abultado, da, adj. Grande, voluminoso, aumentado.

Abultar, a. Aumentar, engrandecer, hacer más voluminoso || Abultar un hecho, darle mayores proporciones de las que en realidad tiene, exagerar.

Abundadamente, adv. ant. Copiosamente, con abundancia.

Abundado, da, adj. ant. Abundante.

Abundamiento, m. Abundancia, efecto de abundar.

Abundancia, f. Gran cantidad de una cosa. Multitud.

Abundante, p. a. de abundar. Lo que abunda.

Abundantemente, adv. Con abundancia, en gran cantidad.

Abundar, a. Estar en abundancia, haber gran cantidad de una cosa || Abundar en la misma opinión que otro, ser del mismo parecer, estar conforme, seguir sus ideas.

Abundo, m. ant. Abundancia.

Abundosamente, adv. a. Abundantemente.

Abundoso, a, adj. Abundante.

Abuñelado, a, adj. Lo que tiene forma ó se parece en algo á un buñuelo.

Abuñelar, a. Freir huevos en forma de buñuelos.

Aburar, a. ant. Quemar, abrasar.

Aburelado, a, adj. Parduzco, parecido al buriel, paño burdo y barato.

Aburrimiento, m. Acción y efecto de aburrirse, fastidio, disgusto.

Aburrir, a. Molestar con pesadez, fastidiar, cansar el espíritu con algo desagradable, desagradar || Abandonar, dejar; se dice más propiamente de las aves que dejan á sus hijuelos cuando alguien los coge, y á los que no vuelven á acercarse.

Aburrirse, r. Fastidiarse, cansarse, no saber qué hacer.

Aburujar, a. Hacer pelotones, formar cuáguilo la sangre.

Aburujarse, r. Agrumarse, cortarse la sangre, arrequesonarse, cuajarse la leche.

Abusante, adj. El que abusa.

Abusar, a. Usar mal ó excesivamente de alguna cosa, sin derecho ó sin razón.

Abusión, f. ant. Abuso, engaño, desorden || ant. Superstición, presagio.

Abusionario, m. ant. El que fomenta la superstición, el que angustia ó predice.

Abusivamente, adv. De un modo abusivo, excesivo, sin derecho.

Abusivo, a, adj. Contrario al uso, á la costumbre, con abuso.

Abuso, m. Acción y efecto de abusar || Exceso || Engaño || Desorden.

Abuta, Bot. Planta de la familia de las menispermáceas, originaria de Cayena.

tad se pasa todo; otros, cuentas del sastre que, como la misericordia de Dios, no terminan jamás; y yo colecciono, para desgracia ¡ay! de mis lectores, que quizás no los tenga, estos articulillos hechos al correr de la pluma, que seguramente obligarán a ustedes á echar á correr.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

BIOGRAFÍAS

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Hijo de doña Inés González Cordón y de D. Diego, guardajoyas de la esposa del rey Felipe V, nació en 1737.

Aprendió el oficio de su padre, y la reina Isabel de Farnesio le empleó en Palacio, donde compartió las horas de trabajo con las del estudio, haciéndose abogado, y escribiendo poesías.

Se casó con doña Isidora Cabo Conde, y de cuyo enlace tuvo cuatro hijos, sobreviviendo únicamente Leandro, que llegó á ser uno de los más afamados poetas.

Es autor de la comedia *La petimetra*, de las tragedias *Hormesinda*, *Lucrecia* y *Guzmán el Bueno*, y entre sus composiciones poéticas merecen recordarse *Fiesta de toros en Madrid* y el canto épico *Las naves de Cortés destruidas*.

Falleció este escritor matritense el día 11 de Mayo de 1780.

ADOLFO POLVE.

RETACOS

Más cerca de mí te siento cuando más huyo de tí, pues tu imagen es en mi sombra de mi pensamiento.

Si hago al juicio una llamada, me responde el corazón: que si hay juicio, no hay pasión, y si no hay pasión, no hay nada.

R. DE CAMPOAMOR.

APÓLOGO

Un travieso chiquillo mala sangre, de esos que, por desgracia, hay más de cuatro, vió de un pájaro el nido en la copa de un árbol.

Valiéndose de yo no sé qué mañas, bien pronto atrapó al pájaro, y solo por gozarse en sus dolores, lo fué poquito á poco desplumando.

Callaba el pobre, y su dolor sufría, por no aumentar el gozo del muchacho; y hasta fingió hallarse muy á gusto en sus crueles manos; mas viendo que aumentaba su martirio, cortó, al fin, por lo sano, y al infame chiquillo saltó un ojo de un fiero picotazo.

Yo ese pájaro soy, amigo mío; me hieres, y me callo... Pero no te desquicies, ¡por si un día te doy un picotazo!...

VICENTE DIEZ DE TEJADA.

Los últimos estrenos.

COMEDIA

Nina la Loca

Comedia en tres actos, en prosa, original de D. Alfonso Danvila.

Satisfecho puede estar el Sr. Danvila de la moderación del público. Con la diezmillonésima parte de los atrevimientos de su obra, han tenido suficiente para fracasar otras tan geniales como *Mar sin orillas*, del ilustre D. José Echegaray.

Anoche se toleró todo; tremendas crudezas de concepto y crudezas desconocidas de acción; es más, no solo se toleraron, sino que en muchas ocasiones se aplaudieron.

¿Fue esta tolerancia hija de la fuerza de la comedia? En manera alguna; más bien la consideraría yo como producto de una evolución en el temperamento artístico del público, que poco á poco va habituándose á las audacias del arte moderno.

Además, había otra razón poderosa para que *Nina la Loca* se escuchase con benevolencia; era la primera producción teatral de un autor joven, y un exceso de severidad hubiera podido malograr para siempre un ingenio que desde luego puede asegurarse nada tiene de vulgar y prosaico.

En suma, la actitud del público merece todo género de elogios.

¿La comedia? Un matrimonio joven y falto de reflexión; él alegre, ella frívola; un rompimiento originado por los celos, que trae como consecuencia que el marido abandone su hogar y se vaya á vivir con Nina, alegre muchacha en quien el vicio no ha logrado oscurecer por completo la nobleza de sus instintos.

Carlos, el marido, se aburre; ama á su mujer sin darse cuenta; sin darse cuenta también, siente desprecio por el género de vida que lleva, y haría cualquier sacrificio, todos, menos el de su amor propio, por volver á unirse á Mercedes, su esposa.

Nina lo advierte; comprende que sus caricias le aburren; y de un lado, por aquella nobleza instintiva que constituye el fondo de su carácter, y de otro por el deseo de evitar que una amiga suya le suplante, decide conciliar el matrimonio.

¿Cómo? Avisando á la mujer que su esposo se halla gravemente enfermo; ella acudirá á verle por última vez.

Carlos, al saber que Mercedes puede pisar aquella casa, se pone frenético, é insulta á Nina, dando tiempo á que la esposa aparezca. No pasa de la puerta; él se la lleva, mejor dicho, la arrastra. Nina se sorprende de que no le den las gracias, y, entre lágrimas, balbucea: «En medio de todo, la única persona decente que hay entre vosotros soy yo.»

Tres defectos tiene, á mi juicio, la obra; falta

de interés, el primero; languidez excesiva en la mayor parte de las escenas, el segundo; una crudeza de frase innecesaria, el tercero.

Para que la comedia hubiera logrado interesar al público era necesario que los tipos principales que en ella intervienen le fuesen simpáticos; y ninguno de ellos, la misma Nina, se lo es por completo.

¿Qué simpatías puede despertar Eduardo con su egoísmo, sus arrebatos, su terquedad, y hasta su grosería, que llega al punto de amenazar á Nina (una mujer al fin, y como tal digna de ciertos respetos) con abofetearla?

¿Qué simpatía puede inspirar Mercedes, que olvidando que la dulzura es el arma más poderosa y el encanto mayor de su sexo provoca el rompimiento, y por amor propio le lleva á efecto? Y la misma Nina, que tan simpática hubiera podido ser, ¿cómo entregarse por completo á ella, si el acto de generosidad, aunque pone fin á la obra, está desvirtuado por móviles bastardos?

Por lo que hace al segundo extremo, el mayor escollo de la comedia fué el excesivo desarrollo dado á ciertas escenas. No soy yo partidario del procedimiento teatral, que estima que cuanto en una producción no es estrictamente necesario para el desarrollo de la misma sobra; creo, por el contrario, que es indispensable darle ambiente; pero de eso á eternizarse en el diálogo hay un abismo, que el Sr. Danvila debe procurar salvar en lo sucesivo.

En cuanto los atrevimientos de forma de *Nina*, pasan los límites de lo que puede tolerarse las frases de la prenda: «Tengo cosas nuevas de las que á usted le gustan.» «Los cacharros que se quiere es cada vez más difícil encontrarlos», y otras por el estilo, no hubieran pasado ni en el teatro de Esclava, y casi, casi superan... á las que se oyen en Romea y en Variedades.

Aparte de esto, el Sr. Danvila, conocido ya como un escritor de mérito, se revela como autor dramático de gran porvenir. Dialoga muy bien y con envidiable soltura, es observador atentísimo, como lo demuestran los tipos de la prenda y el hermano de Nina, que son verdadera reproducción del natural y tiene un instinto certero para los efectos escénicos.

El final del segundo acto es muy hermoso, el del tercero habilísimo. Dentro de lo violento de la situación, solo en la forma que el Sr. Danvila lo ha hecho podía salvarse el peligro que representa la entrada de la mujer legítima en la casa de la querida. El público lo aplaudió mucho, y yo uno de todo corazón mis aplausos á los suyos.

La ejecución, excelente; Rosario Pino, inspiradísima como artista y avasalladora como mujer; matizó su extraño papel con la delicadeza exquisita, que es su privilegio, arrancando murmullos continuados de aprobación. Matilde Rodríguez fué saludada con una salva de aplausos al aparecer en escena, por lo bien caracterizada, y aumentó con su trabajo la buena impresión que había producido. Muy bien, pero muy bien, la Sta. Bremón, que cada día avanza más. De la Sta. Catalá casi no puedo decir nada; admirando su belleza no me fijé en su trabajo; aseguran que fué de primer orden, y lo creo.

El sexo fuerte no desmereció del frágil; Morano dijo su papel con gran naturalidad; y aparte de que debió escribir taquígraficamente la carta que dirige á Nina

en el primer acto, solo aplausos merece. El Sr. Tallavi interpretó á maravilla el personaje que le había sido encomendado. Acertadísimo el Sr. Gonsalvez, y también, como de costumbre, los demás.

LARA

La Gran Noche.

Juguete cómico en un acto, arreglado del francés, por Don Julián Romea.

Central.

Comunicación con el teatro Lara.

¿Cómo ha ido el estreno?

Admirablemente. La obra, aunque en exceso gorda, tiene mucha gracia y está arreglada con extraordinaria discreción. El público aplaudió con entusiasmo y llamó á escena infinidad de veces á Julián Romea, el simpático traductor. Contribuyó muy á ello la labor de los artistas. La Domus hizo una catalana capaz de convertir al regionalismo al propio Romero Robledo. Manolo Rodríguez, con tanta sal como de costumbre, y los demás sin desmerecer. En resumen: *La Gran Noche* fué para Lara una gran noche. ¡Hay obra para rato!

J. R. C.

ESTAFETA

Talavera.—D. J. D. P.—Por carta explicaciones. Gndalajara.—D. S. B.—Servido; 1.000 de uno y 200 de otro. San Ramón.—D. S. M. V.—Van explicaciones y números.

Alhama.—D. D. M. P.—Idem id. id.

Badajoz.—D. J. B.—Servidas.

Miguelurra.—D. R. T.—Abonado 15 Enero 904.

San Sebastián.—D. J. A.—Recibidas 7 pesetas.

Burgos.—D. M. T.—Recibidas 21 pesetas.

Burgos.—D. A. A.—Idem 24 pesetas de las ocho suscripciones.

Alcalá.—D. F. S.—Recibidas 5 pesetas; anotado.

Azpeitia.—D. E. A.—Abonado 15 Abril.

Pamplona.—D. S. A.—Conformes.

Valladolid.—D. A. L.—Conformes con la entrega.

Por correo detalles.

Puerto de Santa María.—D. M. B. y T.—Abonado 15 Abril.

Prado del Rey.—D. J. C. G.—Servidos los 10 números.

Berlanga.—D. J. P. T.—Va carta.

Logroño.—D. A. S.—No hay inconveniente en que la abone ahí.

Valladolid.—D. N. V.—Servido.

San Sebastián.—D. G. G.—Servidas las 13 que envía,

y ya mandaré á usted lo que pide.

Estella.—D. L. R.—Recibidas 41,85 pesetas. No puedo ahora hacer liquidación y comprobar; creo estará bien.

Se lo diré en carta.

Gijón.—D. A. M.—Servidos 20.

Albacete.—D. J. D. I.—Se servirán 10. Lamento enfermedad.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

ACAB

— 18 —

ACAC

Abutillón, Bot. Género de la familia de las malváceas. Planta que crece en las Antillas y también en algunos puntos de Europa. Se la cultiva como planta de adorno, y su corteza filamentosá ó fibrosa se emplea para fines industriales.

butto, m. Mit. Divinidad de los marineros japoneses, que le ofrecen moneditas sujetas al extremo de un palo para obtener vientos favorables.

Abuzado, da, adj. Acostado, echado sobre el vientre.

Abyecto, adj. Despreciable || Abominable || Bajo, vil, rastrero || Entregado á los vicios más repugnantes.

Acá, adv. lat. Lugar en que se halla la persona que habla, ó el que señala como más próximo. || adv. t. Denota tiempo presente precedido de las preposiciones de, desde, después, etc. || ¡Acá! interjección mandando á alguno que se acerque al lugar en que nos encontramos || Acá y allá, mod. adv. Sirve para denotar indeterminadamente varios parajes.

Acabable, adj. Lo que puede acabarse || Tarea ó cosa que puede tocar á su fin.

Acabadamente, adv. mod. Entera, perfectamente || Con arreglo á derecho, conforme á ley || Perfectamente. Por burla se dice de lo que está mal hecho.

Acabadísimo, ma, adj. sup. de acabado.

Acabado, da, adj. Perfecto, consumado || Aquello que está en mal estado, viejo, en mala posición; como la salud, la hacienda.

Acabador, ra, m. y f. Aquel que concluye alguna cosa, la termina, la acaba, etc.

Acabalar, a. Completar.

Acaballadero, m. Lugar y tiempo en que los caballos y borricos cubren á las hembras.

Acaballado, da, adj. De forma de caballo; parecido al caballo, como cara acaballada, etc. || Quien padece la enfermedad llamada vulgarmente caballo.

Acaballar, a. Cuando el caballo ó borrico cubre á la yegua.

Acaballero, da, adj. Que parece caballero.

Acaballerar, a. Hacer á uno caballero || Hacer que se porte como caballero.

Acaballonar, a. Cavar ó amontonar la tierra

formando caballones con azadón ú otro instrumento.

Acabamiento, m. Acción y efecto de acabar ó acabarse || Término ó cumplimiento de una cosa.

Acabar, a. Terminar alguna cosa, darle fin ||

Consumir, apurar || Concluir una obra con mucho esmero || Alcanzar, conseguir, cuando va seguida de la preposición con y un nombre de persona ó pronombre personal || n. Finalizar, terminar || Fenece la vida || Extinguirse, aniquilarse || Destruir, aniquilar, exterminar, cuando va seguida de la preposición con y un nombre de persona ó cosa ó pronombre personal || Seguido de la preposición de y otro verbo en infinitivo denota haber ocurrido poco antes la acción que este último verbo significa || fam. Terminar ó lograr alguna cosa después de larga tarea ó gran dilación || Salir de una duda || fr. fig. fam. Explicarse al fin una persona torpe de palabra, de difícil expresión, que no se atreve á manifestar lo que sabe ó piensa. Comunmente se usa en tono de burla ó para instigarla, y más generalmente en imperativo.

Acabdar, a. ant. Acabtar.

Acabdellar, a. ant. Acaudillar.

Acabdilladamente, adv. m. ant. En correcto orden, con disciplina militar.

Acabdillador, ra, adj. ant. Acaudillador.

Acabdillamiento, m. ant. Acaudillamiento.

Acabdillar, a. ant. Acaudillar.

Acabellado, da, adj. p. us. De color castaño claro.

Acabescer, a. ant. Conseguir.

Acabestrillar, n. Cazar con buey de cabestrillo.

Acabildar, a. Congregar á muchos en un dictamen para conseguir un intento.

Acabo, m. Acción y efecto de acabar ó acabarse.

Acabtar, a. Conseguir.

Acacia, f. Arbol, familia de las leguminosas, á veces con espinas, de madera dura, hojas compuestas de pequeñas hojuelas, flores en racimos colgantes y laxos, y fruto en legumbre ó vaina || De alguna de las especies de este árbol afluye la goma arábiga || Sustancia me-

ACAH

— 19 —

ACAM

dicinal concreta y astringente, extraída del fruto verde de la acacia de Egipto ó del de la bastarda.

Academia, f. Lugar de los arrabales de Atenas donde Platón y otros filósofos enseñaban Filosofía || Escuela filosófica fundada por Platón, que en el transcurso del tiempo sufrió modificaciones en sus doctrinas, dando origen á las denominaciones de Antigua, Segunda y Nueva Academia. Hay quien distingue hasta cinco en la historia de esta escuela || Sociedad constituida por personas literatas ó facultativas con autoridad pública, y cuyo fin es el adelantamiento y perfección de las ciencias, artes, letras, etc. || Junta ó congregación de los académicos || Casa donde celebran sus Juntas los académicos || Junta ó certamen á que concurren algunos aficionados á la poesía para ejercitarse en ella, ó por alguna celebridad, y en la que suele haber algún asunto y á veces premios señalados || Junta de profesores, alumnos ó aficionados para ejercitarse en un arte ó industria || Establecimiento de enseñanza para los que se dedican á una carrera ó profesión || Estudio de una figura entera y desnuda tomado del natural y que no forma parte de una composición.

Académicamente, ad. m. De manera académica.

Académico, ca, adj. Filósofo que sigue la escuela platónica || Perteneiente ó relativo á la escuela platónica || Perteneiente ó relativo á las academias, ó propio característico de ellas || Persona que pertenece á una Academia.

Acaecerero, ra, adj. Lo que puede acaecer.

Acaecer, n. Efectuarse un hecho || Suceder, tener lugar, ocurrir algún hecho || Hallarse presente, concurrir á algún lugar ó paraje.

Acaecimiento, m. Cosa que ocurre, especialmente cuando es de alguna importancia.

Acafelador, m. ant. El que acafela.

Acafeladura, f. ant. Acción y efecto de acafelar.

Acafelar, a. ant. Tapiar una puerta ó ventana || ant. Revocar una pared con cal ó yeso || Encubrir, disfrazar, disimular || Asegurar bien una puerta para que no se pueda abrir.

Acafresna, f. Serbal.

Acahual, m. Planta oriunda del Perú, fami-

lia de las compuestas, tallo herbáceo, derecho, de tres centímetros de grosor y dos metros de altura próximamente, hojas alternas, pecioladas y acorazonadas, flores terminales que se doblan on la madurez, amarillas, fruto con muchas semillas, negruzcas, casi elipsoidales, comestibles, y de las que se puede extraer un aceite bueno para condimento.

Acal, m. Embarcación de remo hecha generalmente de una pieza, sin quilla, popa ni proa, usada por los indios.

Acalabrotar, a. Formar un cabo de tres corones, compuestos cada uno de ellos de otros tres.

Acalandar, a. ant. Condenar, prohibir, penar.

Acalefo, adj. Animal acuático del grupo de los radiados, de sencilla organización, y el cual es una masa transparente ó bolsa membranosa con algunos apéndices, y tiene una sola abertura, por donde arroja un líquido cáustico que causa ardor á quien lo toca.

Acalenturarse, r. Empezar á tener calentura.

Acalia, f. Malvavisco.

Acaloniar, a. ant. Acalañar.

Acaloramiento, m. Ardor, arrebato de calor || Acceso de una pasión violenta.

Acalorar, a. Causar dolor || Fatigar por el excesivo trabajo || Fomentar, promover || Incitar al trabajo, dar prisa || r. Enardecerse en una conversación ó disputa || fig. Hacer ardiente y viva una disputa.

Acumniador, ra, adj. ant. Calumniador.

Acumular, a. ant. Calumniar || ant. Excomulgar.

Acallar, a. Hacer callar || fig. Aplacar, sosegar.

Acamar, a. Hacer el viento ó la lluvia que se tiendan ó recuesten las mieses, cáñamo, etc.

Acambrayado, da, adj. Parecido al cambray.

Acamellado, da, Parecido al camello.

Acampamento, m. Campamento.

Acampanado, da, adj. De figura de campana.

Acampanar, a. Dar figura de campano.

Doce siglos pasaron sin que se oyese hablar de progresiones. La historia, que nos ha conservado los descubrimientos que se han hecho en las matemáticas en este largo intervalo de tiempo, ni una sola palabra habla de la Aritmética. Hasta el principio del siglo xvi no se habló de las progresiones, y aun para acordarse de ellas fué menester un suceso singularísimo, cual es el siguiente:

Habiendo *Ardschir*, rey de los persas, inventado el juego del chaquete, se vanagloriaba de su descubrimiento. Envidiábale el rey de las Indias esta gloria y se dedicó á buscar alguna invención equivalente á la de *Ardschir*. Todos los indios, para complacer al rey, se empeñaron en descubrir algún juego nuevo, y uno de ellos, llamado *Sessa*, tuvo la dicha de inventar el juego del ajedrez; presentó su invención al rey, á quien causó particular alegría, y en premio de su descubrimiento le ofreció concederle cuanto pidiese. Siempre ingenioso *Sessa* en sus conceptos, pidió solamente por premio tantos granos de trigo como casas hay en el tablero del ajedrez, doblando los granos á cada casa, esto es, 64 veces. Quedó el rey admirado al oír una súplica, al parecer, tan poco digna de su magnificencia; pero insistiendo en lo mismo *Sessa*, mandó el rey que se le diese lo que pedía. Empezaron, pues, á contar los granos, doblando siempre á cada casa el número de ellos; pero aún no se había llegado á la cuarta parte del número de casas, cuando admiró la prodigiosa cantidad de trigo á que ascendía; continuán-

(1) retardado. Para reducir esto á problema, vamos á que Tántalo, sumergido en el tártaro y abrasado de sed, suplica á la niña Plota, su madre, que le deje caer á la boca una gota de agua, y supongamos también que entre Plota y Tántalo hay una distancia determinada como de 12,000 leguas; movida Plota de la súplica de su hijo y de su tormento, le ofrece enviarle la gota de agua que la pide; pero Júpiter, que para castigar la impiedad y crueldad de Tántalo no debe permitir que tenga este alivio, prohíbe á Plota que le envíe el agua, con lo cual se halla muy embarazada, porque por una parte empeñó su palabra, y Tántalo la reconviene con ella, y por otra no puede desobedecer á Júpiter; en medio de esta perplejidad discurre dejar caer la gota de agua según una progresión creciente, esto es, de suerte que su movimiento se retarde continuamente, y por este medio pretende cumplir su palabra y obedecer á Júpiter.

Se pregunta cómo podrá ser esto? Para responder á la cuestión, supongamos que la gota de agua cami-

(1) El autor, sin duda porque no le ocurrió otro ejemplo, se valió de la parábola del ricoavariento para formar su problema, expresando el hecho de un modo contrario al que se refiere en el Evangelio, pues allí se introduce á Abraham negándose desde luego y absolutamente á la súplica del ricoavariento. Por el mal sonido que esto tiene, sin embargo de que el autor lo propone solamente como una suposición ó hipótesis, sin alterar en nada la sustancia del problema, se han mudado en esta traducción las personas, poniendo en lugar de Dios, Abraham y el ricoavariento, á Júpiter, Plota y Tántalo.

toria, y los silbidos dirigidos á él. Duro fué mi combate interior.

—Y ¿qué hiciste, hijo de mi alma?—preguntó llena de ansiedad la trémula madre.

—Aporté la mano á Corvino, diciéndole:—Que Dios te perdone, como de todo corazón te perdono yo, y te colme de bendiciones.—Casiano, que había presenciado de lejos el lance, acudió en aquel momento, y todos los muchachos se dispersaron huyendo. Roguéle por nuestra creencia, ya reconocida y confesada entre ambos, que no persiguiese á Corvino por lo ocurrido, y así me lo prometió. Y ahora, dulcísima madre, —murmuró el joven con modesto acento, reclinándose sobre su seno—¿no crees que tenga razón en llamar dichoso este día?



CAPÍTULO III.

La Consagración.

En tanto que así platicaban, había principiado á anochecer. Una criada anciana entró sin que la sintiesen, y encendiendo las lámparas colocadas en candilabros de mármol y bronce, se retiró lentamente. La brillante claridad, que de improviso despidieron, iluminó el grupo enajenado de la madre y del hijo, que permanecían en un profundo silencio, después que la santa matrona Lucina había contestado á la última pregunta de Pancracio tan solo imprimiendo un beso en su frente. No era emoción maternal la que agitaba su pecho únicamente, ni el inefable gozo que una madre experimenta cuando, habiendo imbuido á su hijo en ciertos principios sublimes de difícil observancia,

El tío Quico había mudado por completo de carácter, se mostraba á menudo socarrón y provocativo, y en ciertos momentos de negro humor insultaba al viejo compañero, hablando poco para que no le pegase. Entonces el viejete se echaba á reír y le decía:

—Número tal; si sigues siendo malo no te digo dónde está escondida mi olla.

El otro se enladaba más.

—Llévete el diablo, pues; aunque me lo dijeras, ¿qué favor me hacías con ello?

—Si no otro, el de que también tú lo supieras.

—¡Que el diablo te cabalgue, que el demonio te ponga en salmuera; no me enojes más, número tal!

Cuando se llamaban por el número en lugar de llamarse por el nombre, cambiaban el mayor de los insultos.

Un día que el tío Quico estaba de buen humor, dijo en el trabajo á su camarada:

—Y bien; ¿por qué no escribes á alguien diciéndole que desentierre la olla y te mande dinero?

—¡Un cuerno! Yo estoy en todo y conozco el mundo mejor que tú.

—Entonces ¿qué...?

—¿Entonces qué? He pensado muy bien lo que te voy á decir: pues bien; solamente contaré á un pobre mi secreto cuando esté á punto de morirme; sí, á un pobre que luego pida por mi alma.

Y pasaron los días, los meses y los años; al tío Quico se le volvieron los cabellos grises, se le humedó

montes de dificultades.
Tormenta de celos se levanta;
vel, si alguna vez amásais,
¿qué séguro de de la nave?
¿qué esperanza hay del piloto?
de los celos, que soy yo
quien los los tiene; no os engañe
el afecto de sentimientos
desta suerte, porque antes
soy quien los he dado, y ellos
son en sus efectos tales,
que me matan dados, como
tenidos pueden matarme.
¡Oh! ¿qué que nacen los que
dados ni tenidos nacen?
Hay una dama en Ocaña,
¿quién yo rendido amante
les dejó un tiempo; ésta, pues,
por darme muerte y vengarse,
se ha declarado con ella,
finjiendo finezas grandes
que á mi amor debe. ¡Ay, Lisardo,
qué prontamente, qué fácil
en los celos las mentiras
sientan plaza de verdades!
Con esto se ha retrado
tal, que aun para disculparme
no permite que la vea,
no me deja que le hable.
Mirad, pues, si este cuidado
consentirá que descause,
cercado de tantas penas,
cargado de tantos males,
muerto de tantos disgustos,

el pecho y disminuyó de estatura. El tío Pedro estaba ya casi decrepito; pero no aparentaba más edad que su compañero, y proseguía contando bolas y riéndose las. Pudiera decirse que narraba sus fábulas con inagotable vena, más para distraerse á sí mismo que para divertir al prójimo.

Un día, finalmente, ocurrió un suceso extraordinario: el tío Quico fué llamado por el Director del establecimiento penal. Acudió algo desorientado, porque jamás le había acaecido cosa semejante. El Director le dijo:

—Ahora, que ya han transcurrido tantos años, es usted viejo, y puede últimamente confesarlo todo. ¿Cometió usted el delito, sí ó no? Vámos, diganos toda la verdad; le ayudaremos, solicitaremos el indulto, y tal vez pueda ir á terminar sus días en el pueblo.

El tío Quico negó aún con salvaje energía.

—No; aunque hubiese de vivir tantos años como arenas tiene el mar y pasarlos aquí yo no he matado á nadie, no, no, y no.

Lo hicieron salir, y al reunirse con el tío Pedro, que lo aguardaba ansiosamente, le contó iracundo lo que le acababa de suceder.

—¡Carabai!—exclamó el viejo—todo eso es injusto; yo verdaderamente maté al cura, y si me llamasen lo confesaría otra vez, y si me indultaban que me indultasen. Pero que afortunadamente á un pobre diablo como tú, ¡oh, eso no es justo!

Al tío Quico lo llamó el Director al día siguiente,

ya la campaña acabada
entre otros capitanes,
por haberme reformado
grande servicio sin p
merced, gueta,
(sin valor que me me
y después, en un
y la campaña
Flandes,
á España, por ver si
honrarame
mezcó el pecho con una
de las cruces militares,
que sobre el oro del alma,
son el más noble realce.
Con esta pretensión vine,
y Su Majestad, que guarde
el cielo, para que sea
Fénix de nuestras edades,
remitió mi memoria,
á tiempo que que á desahogarse
de molestias corteses
vino á Aranjuez, admirable
dosel de la primavera.
Mas ¿qué mucho que se alabe
de serlo, si la más bella,
la más pura, más fragante
flor, la flor de lis, la reina
de las flores, tras sí trae
cuantas y envidia del sol
rayos brillan, luz esparcen?
Seguí la corte, traído
más de mi afecto constante
que de mi necesidad:
porque de ministros tales
hoy el Rey se sirve, que

